

— Autorretratos —



UN LOBO FLACO

LA primera palabra es flaco, supongo. Flaco y unas gafas y una nariz y una mandíbula teutona que le dejó como herencia, a falta de otra cosa, una bisabuela testaruda, centenaria y alsaciana cuyo abuelo, a su vez, luchó en Waterloo. Después está ese reloj Omega de acero, enorme, en el que durante veintiún años estuvo mirando la hora del cierre de la edición, la hora del cierre del telediario, mientras corría arrastrando su osamenta y su saco de dormir por la geografía de las catástrofes. Un reloj que ahora los camareros de los bares reconocen cuando paga la cuenta a la hora del aperitivo. «Usted es aquel del Golfo, Sarajevo, etcétera. Lo he conocido por el reloj, y la voz».

Hay otras cosas. De los malos ratos le quedó una sonrisa indeleble y de los buenos cierto escepticismo guasón en los ojos. «A veces sonríes como un lobo flaco», dice su madre, y las madres saben a qué atenerse en materia de lobos y de sonrisas, o creen saberlo. En sus novelas también salen lobos flacos, anticuarios, asesinos, jugadores de ajedrez, húsares, hombres de honor, cazadores de libros y mujeres que tienen los ojos violeta como la muerte o verdes como el diablo, mujeres que profesan virtudes de esas que la estupidez de los hombres llama virtudes masculinas, y que a menudo son, precisamente, las menos masculinas de las virtudes.

Ahora se ha jubilado a los 42 años, tras pasar la mitad exacta de su vida en un territorio comanche que ama y detesta a la vez. Envejecerá tranquilo, tal vez, imaginando historias que aún no ha vivido, y quizá logre engañar a la nostalgia navegando allí por donde no se ve la línea de la costa, el único lugar del mundo donde no es fácil tropezarse, cada cinco minutos, con un demagogo o un cantamañanas. Si no lo consigue, supongo, desempolvará el viejo saco de dormir y la mochila para regresar por su cuenta a nuevos Sarajevos que serán siempre el mismo, y que por desgracia no faltarán nunca al extremo de una carretera o a tres horas de vuelo de un avión.

Y es, naturalmente, lo bastante estúpido como para haber aceptado escribir estas líneas.

Arturo PÉREZ-REVERTE

MI VERSIÓN

UNA vida, como toda realidad, tiene muchas versiones, aunque acostumbremos llamar verdadera sólo a una. La mía comienza con el niño arponero de proa, sobre aquella negra barcaza varada en la playa de Tánger, trasplantado de pronto a la Edad Media en un pueblecito soriano. Continúa en un muchacho que silba nocturnos soñando despierto por los reales jardines de Aranjuez y que pasa a ser funcionario sin apenas darse cuenta. Le reemplaza el miliciano republicano de la XIV Brigada en la Montaña santanderina, reconvertido en soldado de los otros por tierras de Cataluña. Estudiante universitario tardío mientras trabaja, se desmaya un día por hambre en cierta calle madrileña de los años cuarenta. Más adelante es profesor encariñado con alumnos que le corresponden generosamente, y economista en un banco, y encargado de cursos en Liverpool y académico y senador sin

para el goce de que Él y yo las viviéramos con más intensidad que los demás oficios y para que, andando el tiempo, otros las gustaran también y nos encontráramos mejor los afines.

Así alcancé con Él mi más alta cota vital a los setenta años. Él me fue desenmascarando las doctrinas oficiales enseñándome, entre otras verdades, que todas las religiones son mitologías, que las elecciones cuatrienales no son la democracia, que el mercado no es la libertad y que la ciencia no es la sabiduría. Y ahora,



«Mientras yo nomadeaba de la administración pública a la banca y de ésta a la universidad para volver a la administración, el Otro escribía novela tras novela, como un furtivo»

proponérselo, y jubilado.

Mi vida es la de todos ellos, claro, pero no bastan juntos a completarla pues también y siempre me habita el Otro, el más constante. Mientras yo, con aquellos, nomadeaba durante medio siglo de la administración pública a la banca y de ésta a la universidad española y la extranjera para volver a la administración, el Otro escribía novela tras novela por necesidad, como un furtivo,

con la serenidad de esas certezas, acaricio los milagros cotidianos, me abro a los que aún puedan aguararme y, consumadas ya las tareas pendientes, voy bajando escalones sintiéndome ajeno a esta cultura cuyas canciones no son las mías. Una civilización sin utopía, que llega a la luna pero no apaga el hambre ni las guerras, que nos hace más poderosos pero no mejores y que toma por iluminación lo que sólo es cegador deslumbramiento, no nos deja a cada uno otra esperanza que la de llegar al final sin perder la dignidad humana.

José Luis SAMPEDRO
de la Real Academia Española